

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE CIENCIAS FILOSÓFICO-TEOLÓGICAS
ESCUELA DE TEOLOGÍA**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
LICENCIADO EN TEOLOGÍA**

**LOS CÓDIGOS DOMÉSTICOS Y LA PASTORAL
MATRIMONIAL EN LA ACTUALIDAD**

Por:

LUIS ANGEL CASTRO MARCA

DIRECTOR: PADRE LUIS CHACÓN

QUITO, 2012

ABSTRACT

La realidad de las relaciones humanas en la pareja y familia están en un constante declive, y por otro la catequesis sobre los valores, la palabra de Dios y la moral familiar apuntan hacia un ideal tan bonito, pero inalcanzable para muchos.

En el presente trabajo se trata de destacar, aclarar y en muchos casos indicar el camino a seguir. La vida de pareja es una realidad que supone una entrega total y decidida, ya que es una verdadera vocación humana donde el esfuerzo, el cariño abundante y la fe no deben faltar.

Se ha realizado un análisis sobre la visión antropológica de la pareja, la realidad social por excelencia del ser humano, sea varón o mujer. Los dos están llamados para el encuentro, a vivir en equipo, y en familia. Pero, aunque el “ser social” es una realidad que nace con el ser humano, sin embargo no es fácil lograr un buen encuentro. Hay que disponerse, decidir salir al encuentro del otro y hacerlo con buenas maneras. Además se debe estar consciente que esta actividad va a “alterar” la vida en todos los sentidos. Pero también se debe saber que en la medida de la entrega al otro (demás) el ser humano se realizará como persona.

A pesar de que ya se ha dado el paso para vivir en pareja y con un proyecto en común, existen varias otras dificultades para una buena relación. Los mismos aspectos que sirven de unión, se pueden transformar en fuentes de pequeños y grandes conflictos. Así el diálogo, el poder decidir, la forma de hacer las cosas, la manera de vivir las relaciones hacia fuera, el sexo, etc., se convertirán, si no se pone cuidado, en tropiezos para la marcha de una buena y sana convivencia.

Después del estudio se presentan sugerencias para mejorar las relaciones humanas de la pareja y la familia, desde los Códigos Domésticos en San Pablo. Se dan unas orientaciones para interpretar correctamente el texto bíblico de Ef 5,21 – 6,9.

Se toma muy en cuenta las orientaciones de la Constitución Dogmática Dei Verbum y otros estudios bíblicos. La intención es descubrir, en una narración literaria aparentemente discriminatoria contra la mujer, los aspectos positivos y de Buena Nueva. Ya que el mensaje es claro: la “sumisión” no se ha de dar sólo en una dirección y desde la parte más débil. Se toma como modelo de sumisión, por amor y Fe, al mismo Cristo Jesús. Tanto el esposo como la esposa se han de “someter” o poner de acuerdo para la buena marcha del matrimonio y la familia.

Además de las directrices que traen los documentos de la misma Iglesia sobre el matrimonio y la familia, expreso sugerencias y conclusiones para una buena relación-encuentro de pareja. Si la pareja está en armonía y correctamente orientada, también lo estará la familia entera. Frente a las dificultades en la convivencia familiar y de pareja, la Iglesia ha desarrollado un acompañamiento pastoral, en cada diócesis y parroquia. A ellos se remite, tratando de reforzar con el aporte renovador del texto bíblico sobre los códigos domésticos.

Se puede concluir entonces que los conflictos domésticos son llamadas y desafíos para mejorar la relación y el encuentro de la pareja. Ya que los mismos conflictos y crisis pueden ser fuente de crecimiento. Sin embargo, es importante tener una actitud positiva y la decisión clara y honesta de querer solucionar los problemas de mejor manera y a corto plazo.

Se mira con buena manera la vivencia de los valores tanto humanos como cristianos. Este esfuerzo tanto personal como en pareja seguramente ayuda a dar mayor sentido a la vida de pareja a pesar de las dificultades. Espero, que se pueda entender la intención que me llevó a realizar este estudio, y que los lectores puedan encontrar luces para poder aclarar sus dificultades de relación humana y de pareja.

ABSTRACT	ii
ÍNDICE	iv
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I	
1. Visión antropológica de la pareja	3
1.1. Realidad humana	3
1.1.1. ¿Qué se entiende por encuentro humano?	5
1.2. La alteridad: unidad en la diversidad	7
1.2.1. La apertura: llamada a la unidad	8
1.2.2. ¿Qué es alteridad?	8
1.3. Relaciones humanas dentro de la pareja	9
1.3.1. ¿Qué se entiende por persona?	10
1.3.2. El encuentro yo-tú	11
1.3.3. El diálogo en pareja	14
1.3.4. La sexualidad	15
1.4. Conflictos en la pareja	16
1.5. La crisis, oportunidad de crecimiento	18
1.5.1. Solución a base de amor	19
CAPÍTULO II	
2. Los códigos domésticos	21
2.1. Mensaje liberador ayer y hoy	21
2.1.1. Los códigos domésticos del nuevo testamento	22
2.1.2. Origen de los códigos	24
2.1.3. El código doméstico de efesios	25
2.2. Las nuevas relaciones de la pareja en Cristo	26
2.2.1. Soportarse entre marido y mujer	27
2.2.2. Valores humanos esenciales	27
2.2.3. La cita del Génesis 2, 24.	32
2.2.4. Es grande este misterio	33
2.3. Mensaje para las parejas de hoy	36

2.3.1. Los códigos en el proceso de patriarcalización	36
CAPÍTULO III	
3. Implicaciones de la pastoral de la pareja y la familia	39
3.1. Los agentes de pastoral matrimonial	39
3.1.1. Agentes propios y especializados	41
3.1.2. Los laicos especializados	42
3.2. La nueva pastoral parroquial	42
3.2.1. Promover la dignidad humana	43
3.2.2. Creados a imagen y semejanza de Dios	44
3.2.3. El rostro comunitario de Dios	45
3.3. Los valores de las parejas y familias	47
3.3.1. El diálogo conyugal	48
3.3.2. La fidelidad	49
3.3.3. La tolerancia	50
3.3.4. La entrega	51
3.4. Vivencia de la pareja	52
3.4.1. El testimonio de Cristo	52
3.4.2. El testimonio de las primeras comunidades cristianas	53
CONCLUSIONES	54
BIBLIOGRAFÍA	59

INTRODUCCIÓN

En la actualidad es muy común observar que las parejas jóvenes ya no buscan comprometerse con la vida matrimonial. Las experiencias vividas en sus familias y en el ambiente que los rodea, les han llevado a la conclusión de que la informalidad de la vida en pareja es la mejor alternativa.

Es así, que muchas parejas viven en “unión libre”, realidad social que va naturalizándose y es reconocido como un “estado civil” dentro de la comunidad. Es el reflejo y un síntoma de no querer comprometerse con una relación humana duradera y auténtica. Sin embargo, también existen varios matrimonios que han transitado por todos los trámites legales como el matrimonio civil y religioso, pero que viven una realidad de anti-valores como: mentiras, infidelidades, incomprensiones, indiferencia religiosa, entre otros.

Existe también “Una equivocada concepción teórica y práctica de la independencia de los cónyuges entre sí. Las graves ambigüedades acerca de la relación de autoridad entre padres e hijos, las dificultades concretas que con frecuencia experimenta la familia en la transmisión de los valores, el número cada vez mayor de divorcios, la plaga del aborto, el recurso cada vez más frecuente de la esterilización, la instauración de una verdadera y propia mentalidad anticoncepcional”. (Familiares Consortio). Son realidades concretas que han conflictuado profundamente las relaciones de la pareja y la familia.

Si a la problemática descrita se suma la realidad de la migración que ha contribuido a desarticular la organización familiar en aspectos fundamentales como la vivencia de los valores, Se puede observar claramente que existe una corrupción de la idea y de la experiencia de la vida y de la libertad, concebida no como la capacidad de

realizar el proyecto de Dios, sobre el matrimonio y la familia, como lo menciona el papa Juan Pablo II en su encíclica.

Frente a estas situaciones, quizá sobredimensionadas, es urgente retomar las orientaciones y luces que los documentos de la Iglesia y la Palabra de Dios proponen. Ayudas, sugerencias y normas que han existido desde mucho tiempo atrás, pero que hay que recordarlas y actualizarlas. Los nuevos tiempos así lo exigen. Las nuevas y antiguas generaciones también las requieren.

CAPÍTULO I

1. VISIÓN ANTROPOLÓGICA DE LA PAREJA

1.1. REALIDAD HUMANA

El ser humano individual es una unidad y una totalidad de sub-estructuras (inteligencia, afectividad, voluntad, corporiedad y espiritualidad) presentes ante sí mismo (autoconciencia) y ante los demás. La persona humana no puede ser ni existir sin su corporiedad, ni sin su psiquismo. Ya que el psiquismo supone la dimensión biológica y la persona o ser espiritual supone ambas. Se trata entonces de una ontología tridimensional. La dimensión personal es la que “personaliza” la unidad psicósomática. La persona se auto-posee y desde esta realidad se posesiona ante lo real (cosas, naturaleza) y frente a las demás personas¹.

La persona humana no está ya terminada o acabada, todo lo contrario, está en proceso constante de crecimiento. Está llamada, primero, a hacerse cargo de su propia vida y responder por sí misma sobre su futuro y luego mirar por los que le rodean. Tiene que ir construyéndose en medio de las circunstancias y junto a sus semejantes. Desde sus propios dones y con la ayuda de los demás, cada persona está exigida a realizarse, a ser

¹ Cfr., Domínguez, Xosé, *Antropología de la familia*, Madrid, BAC, 2007, págs., 19-40.

cada vez más plena y a construir aquello que está llamada a ser. Y para lograrlo tiene que descubrir y poner en marcha sus dones y sus capacidades. Se trata de su vocación, que en el fondo es la que dará sentido a su ser personal y a toda su vida.

La vocación es la manera como se va concretando en cada uno esa llamada a ser, plenamente y cada día más persona. Es una fuente constante de sentido a su accionar. Es una unidad de sentido que anima absolutamente todo². Que nace desde el fondo, el centro o el núcleo del mismo ser y se proyecta hacia fuera. La vocación es la manera concreta que cada uno tiene de responder a sus compromisos. Es esta manera propia de ser-en-el-mundo que le abre camino hacia el encuentro humano y con su complemento humano o pareja.

Esta persona humana es un ser social por excelencia. Sea hombre o mujer, no está sola en el mundo. Desde que nace, y desde cualquier punto de vista, está rodeado y relacionado con los otros. Está interactuando constantemente con los demás. Necesita de sus semejantes para entenderse a sí mismo y desarrollarse como persona humana. Desde el individualismo nunca alcanzará un desarrollo total e integral. De todos los animales que nacen es el más indefenso. Por eso necesita de todo y de todos. Está necesitado no sólo de lo materialmente básico, sino también de palabras de acogida, de estímulos y de un ambiente sano y seguro.

El Yo es una realidad que constantemente está en referencia a los otros Yos. Actualmente a la persona se la define como un mundo de relaciones³. Por lo tanto, existir es coexistir, es convivir y en una relación humana continua. Este ser y estar con los otros es un dato sustancial, no tangencial del ser humano. Ser persona auténtica es estar centrado en sí y orientado a los demás en un proceso de encuentro y crecimiento dinámico.

² Cfr., Ibid, págs., 43-45.

³ Cfr., Gastaldi, Italo, *El hombre un misterio*, Quito, Imprenta Don Bosco, 3ra., Edc., 1990, pág., 46.

Para desarrollarse humanamente, necesita de la presencia de los demás, y de toda la estructura cultural que ellos han creado con el pasar del tiempo. Desde niños, sea por imitación, entrenamiento o responsabilidad propia, la persona se va “apropiando” del significado que las cosas tienen para los demás. No sólo del significado, sino que también de su acción y lenguaje. Así en esta estrecha relación humana, entra en el ámbito del mundo significativo humano. Se puede decir entonces, que la existencia humana es siempre una existencia mediante los demás. Ha sido encaminado a la vida dentro de las actividades de sus contemporáneos.

1.1.1. ¿QUÉ SE ENTIENDE POR ENCUENTRO HUMANO?

Otra fuente de sentido para la vida del ser humano es la posibilidad del encuentro con los semejantes. El encuentro auténtico con el amigo, el vecino, el cónyuge es siempre fuente de luz, porque el otro se presenta como alguien apelante, es decir como fuente de descubrimiento y de realización de lo valioso.

Si cada nuevo ser que nace está hecho para relacionarse estrechamente con los demás, con el otro, con su complemento, entonces es bueno profundizar en esta realidad netamente humana; el encuentro entre personas.

Cuando se habla del encuentro humano, se habla de una experiencia interpersonal radical, en la que dos personas se hacen presentes de modo significativo, acogándose mutuamente y estableciendo entre ellas una verdadera comunicación. Se vuelve una relación profunda de presencia y comunicación, conversión y sanación, maduración y crecimiento. El encuentro con los demás es un valor en sí mismo. Se puede afirmar que, sin este encuentro verdadero, la persona se quedaría encerrada en un egoísmo infecundo, solo, sin proyecto vital, es decir sin una vocación que lo realice con y para los demás.

Pero no toda relación humana se puede considerar un encuentro humano auténtico. Sólo la relación interpersonal de buena voluntad y profunda está orientada a

un encuentro duradero. Encuentro que debe tocar a profundidad las subestructuras de la persona. Por eso, hay que tomar en cuenta que toda relación con el otro depende del tipo de apertura, de la intensidad del encuentro y de la intencionalidad que tengan los participantes. Según estas exigencias existen tres tipos concretos de relación-encuentro.

Relación-encuentro que en un primer momento puede ser ocasional. Es el primer paso, y si la relación está encaminada a una amistad fructífera-interpersonal, se dará el segundo paso. El encuentro interpersonal será el tercer y último paso. En este momento las personas se mostrarán como son y compartirán su intencionalidad en la relación-encuentro.

1.1.1.1. RELACIÓN NO EDIFICANTE

Esta relación es ocasional ya que toma en cuenta a la otra persona como instrumento, sólo para realizar los fines y/o satisfacer necesidades de una de las partes. El otro es un objeto, un ausente, sólo útil para mis propios intereses. Donde se comparte con el otro los objetos o circunstancias, nada íntimo o personal. En definitiva el otro interesa sólo hasta cuando lo necesito para algún aspecto externo: sexual, profesional o deportivo. Cuando se cumple o satisface la necesidad se termina la relación. Esta relación es contraria a la relación interpersonal. Esta relación se da unilateralmente y son por lo general negativas para la otra persona. Un ejemplo típico es el machismo que se instala en la relación de pareja, donde aunque una parte está abierta a la donación y encuentro personal edificante, la otra persona solo quiere aprovecharse, nada más.

1.1.1.2. ENCUENTRO DE ASOCIACIÓN

En esta segunda relación el encuentro y el trato siguen siendo impersonales, porque la colaboración de los individuos se da solo en función de una necesidad mutua. De hecho, la asociación tiene un fin exterior y las partes no están obligadas a profundizar más de la cuenta. Aquí cada uno cumple su rol o papel, sea profesional o manual, con respeto y responsabilidad, hasta cumplir con el objetivo trazado y allí

termina la relación. Socialmente, y por lo general, es este tipo de relaciones el que actualmente se vive con más frecuencia entre las personas. Relaciones que se las inicia en las familias con problemas o no muy organizadas y se continúa en el ámbito social. Se perpetúa por el facilismo, la costumbre y la indiferencia generada entre los humanos.

1.1.1.3. ENCUENTRO INTERPERSONAL

Se trata del verdadero encuentro humano, donde cada uno toma al otro como un fin en sí mismo. Se toma en cuenta la dignidad del otro, su valía, su ser. En esta relación funciona la acogida y donación mutua. El otro es indispensable en mi realización personal y viceversa. Por eso cada uno es responsable por la vida del otro. El verdadero encuentro humano se da entre los amigos de verdad. Este tipo de encuentro interpersonal es propio de las relaciones yo-tú, es decir de las relaciones de pareja.

La pareja tiene el tiempo, y el ambiente propicio para tratarse como iguales, amigos y necesitados. Donde cada uno es, no sólo indispensable sino vital para el crecimiento.

1.2. LA ALTERIDAD: UNIDAD EN LA DIVERSIDAD

El vivir en grupo, en comunidad, en familia y la posibilidad de construir “su propia familia” mediatamente o a futuro; no es una posibilidad extraña al ser humano, sino que surge de su misma entraña ontológica constitutiva. La persona está llamada desde siempre a vivir con otros, y luego formar una nueva, propia e “independiente” comunidad familiar. Esta posibilidad está inscrita en su misma realidad de ser comunitario por excelencia. El ser humano fue creado para vivir y convivir con otros.

La primera relación se da con su propia familia: cuando es un bebé, con sus padres (especialmente la madre) y de niño con sus hermanos. En la juventud sale en busca de sus amigos (vecinos, grupo, pandilla, equipo, etc.) y cuando ya es joven y/o adulto la relación se va profundizando en un encuentro más serio y con una pareja en especial. En un principio la relación es inestable porque se está buscando la pareja ideal, pero cuando se ha madurado en las relaciones humanas, poco a poco la pareja se estabiliza, los compromisos son más concretos y el encuentro más duradero y profundo.

La necesidad de un encuentro más profundo e íntimo es también más fuerte, que para que funcione la relación se ha de dejar de lado los egoísmos e individualismos.

1.2.1. LA APERTURA: LLAMADA A LA UNIDAD

Entonces, la realidad comunitaria viene ya inscrita en el ser desde el inicio de la vida. La apertura hacia los demás es lo que le constituirá en persona con una orientación definida. En la medida de un buen encuentro con sus iguales se juega su buen vivir. En pocas palabras, su personalización se da desde el salir de su individualidad hacia la comunidad. Allí se da, en el mejor de los casos, un encuentro concreto y una convivencia sana y equilibrada. La persona, entonces, está abierta a la realidad propia personal y a la vivencia más íntima y complementaria con otros. Vivencia y convivencia que ayuda a borrar lo que los desune. Esta básica convivencia está abierta a la unidad de una realidad social cada vez más amplia.

La presencia de los otros, entonces, no es una mera casualidad. El ser persona nace, crece y se plenifica con la presencia de los demás, y en ellos con una/o en especial. Se afecta, se altera; porque está llamado a salir en busca del sentido de su vida en el sentido del otro. El otro, los otros, no son algo añadido sino todo lo contrario, el yo personal está orientado hacia los demás para su realización. En definitiva, el ser está dirigido desde y hacia sus iguales, en el espacio y tiempo que le tocó vivir. Entonces, existir es coexistir con otros no tan iguales, con otros yos distintos, pero con las mismas

necesidades de relación y crecimiento. Se nace, crece y muere en un ambiente comunitario. Ambiente que ha logrado unificar significativamente lo disperso del inicio.

1.2.2. ¿QUÉ ES ALTERIDAD?

La verdad más profunda del ser humano es su crecimiento en una relación continua con los otros. Porque además de estar en estrecha relación con los demás, está también en crecimiento y realización constante. Se realiza en la medida en que se conoce y reconoce a los otros como parte de sí. El sentido de la existencia auténtica del ser humano está vinculado a la existencia también auténtica del otro. De manera que, en la medida de su oblatividad, en esa misma medida será su realización.

La posibilidad de ponerse en el lugar del otro y la necesidad que tiene de los demás, le abre un sin fin de oportunidades de encuentro. Solo encuentra al otro el que lo espera encontrar. El que sale de sí mismo y se pone en camino en busca de su semejante, lo hallará. Pero antes del encuentro, el ser debe estar abierto y dispuesto a lo nuevo. Todo el que sale en busca del otro debe saber que se pueden “alterar” sus ideas, su tiempo e incluso su mismo ser.

La alteridad es, entonces, disponerse a cambiar y acoger lo distinto y conocido a la vez. El encuentro entre dos se da desde sus propias individualidades, pero ambos con la misma necesidad de relación y la misma esencia social por naturaleza. Encuentro que se da mediante la posibilidad de la voluntad y la empatía. El ser humano está llamado a la unidad, a pesar de su diversidad, a un emparejamiento, a una reciprocidad primaria; porque solo así se va plenificando.

La alteridad, es decir, esta orientación activa hacia el otro corrige la posible concepción individualista y abstracta del personalismo. La metafísica abierta de la alteridad, que supone el reconocimiento del otro como todo Otro, como un mundo aparte, lo vuelve un ser donante. La relación interpersonal le “obliga” a ser dialogal, le invita a “alterarse”, es decir ponerse en camino, estar dispuesto a ceder, cambiar, crecer y también mejorar lo ya existente.

1.3. RELACIONES HUMANAS DENTRO DE LA PAREJA

La persona tiene una configuración ontológica conyugable, porque está orientada y abierta “intencionalmente” al otro. Apertura que puede ser tomada como una acogida y donación hacia el ser complementario. La persona humana es un ser único, dotado de voluntad, libertad, espiritualidad, y además está destinado a la comunión plena y total. Vive para un proyecto común y lo realiza con él o ella en la historia. Pero para realizarse se comprometerá al inicio personalmente, luego en pareja y finalmente en la comunidad matrimonial. Para lograr un buen encuentro interpersonal, ha de ejercer o practicar los valores humanos, familiares y cristianos. Mediante la vivencia de esos valores, se realizará con su pareja.

Entonces la mayoría de seres humanos adultos que está casada o en unión libre, no se comprende ni complementa sin sus respectivos cónyuges y familias. Es una dimensión social fundamental que los humaniza en la medida de una profunda relación-encuentro. Del total de su relación y realización humana, la gran mayoría de su vida está dada por las actividades de pareja-familia. En este encuentro se despierta también al compromiso de ser testimonio para con otras parejas y matrimonios.

El encuentro con la pareja es una relación de personas que nace desde el deseo y la atracción natural propia del enamoramiento. Con el enamoramiento se da también el inicio de la confianza, la fidelidad y el diálogo propios del valor esencial del amor. La dimensión fundamental del amor es la base de toda pareja y familia humana. Este valor o virtud teológica es la que sana las heridas, conflictos y dificultades de la vida matrimonial. También hace crecer a cada persona, y a lo propio y específico de la nueva comunidad familiar.

1.3.1. ¿QUÉ SE ENTIENDE POR PERSONA?

Se entiende por “persona” a los rasgos comunes, fundamentales, que nos definen como seres humanos y cuyo desarrollo asegura nuestra realización. Todos somos

personas, pero cada uno tiene su propia personalidad, es decir su modo concreto de relacionarse con los demás y de reaccionar frente a las cosas. Por eso la “personalidad” es un estilo predecible de conducta que cada ser humano presenta como respuesta frente a los estímulos, debido a su temperamento, carácter, etc.

Hoy se define a la persona en función de sus múltiples relaciones y encuentros. La persona necesita de los cuidados de la pareja, de su presencia y de su apoyo, para seguir profundizando su misión social. La existencia en común es uno de los valores fundamentales para que el aporte que dé a la sociedad sea concreto y eficaz. Se necesita que ese “alguien especial” le afirme, le impulse y le proyecte certeramente a éste tipo de vida, más comprometida. Entonces la pareja, la comunidad familiar y el ambiente comunitario son la base y entorno de realización humana.

Es bueno saber que la otra persona se alegra y es feliz de encontrarte, de verte útil no sólo para el hogar, sino también para el entorno. Esto confirma que la existencia humana en pareja es muy importante para la vivencia humana. La persona se da cuenta y siente que quienes lo rodean son felices de tenerlo y estar con él. Al saber y sentir que es aceptado amorosamente puede crecer por sí mismo y en armonía colectiva. Si es importante para sus amigos, compañeros, vecinos y pareja; la persona gana en confianza, fortaleza y autoestima. De ahí la importancia de tener un consorte, verdaderos amigos y auténticos compañeros, que no sólo aprecien su presencia sino que le ayuden a proyectarse.

La persona se complementa más cuando se relaciona abiertamente con su pareja y los demás. Realidad que se afirma mediante el diálogo, sea fonético o simbólico. En el diálogo acepta y acoge al otro como es: en su totalidad, unidad y exclusividad. Sólo entrando en empatía, siendo disponible y exponiéndose abiertamente a cambiar es como se toma al otro como una persona única e irrepetible.

1.3.2. EL ENCUENTRO YO-TÚ

La relación yo-tú es fontanal, es decir viene con la misma persona, está inscrita en su ser. Encuentro que se estrena y desarrolla al iniciarse la relación profunda y seria. La experiencia primera de la relación de la persona es el “tú”, y en él, el “nosotros” comunitario. El tú y el nosotros preceden históricamente al yo. La relación y el encuentro no son más que reciprocidades de cada persona en las relaciones y encuentros que ya se han dado y seguirán dándose entre las personas. El individuo ha de reconocer que está en relación esencial con el “tú” y con el “nosotros”.

La relación “yo-tú” es encuentro directo, inmediato, cara a cara; es diálogo, comunión y reciprocidad. Este encuentro verdadero en la pareja es la que posibilita el crecimiento. Dar y compartir, apertura y alteridad, ser valorado y aceptar; para realizarse como pareja. Es un dinamismo que se mantiene y perdurará en la medida de la apertura donación del primero y la acogida-entrega de la segunda persona. De manera que para vivir con sentido se ha de convertir en el sentido de la otra persona.

La inteligencia no puede realizarse sin dar con el modo de comunicarse con los demás, consigo mismo y finalmente con su consorte. La vida de pareja, dentro de un proyecto en común, no anula al ser individual como es el caso de un engranaje al servicio del sistema totalitario, sino que lo descubre y afirma totalmente. Los individuos tienen derechos humanos fundamentales y necesidades básicas que, en pareja se pueden lograr de mejor manera. La presencia y exigencia del otro debería ser siempre para mejor y no para dañar o destruir.

El individuo está hecho para el encuentro con el otro, y sólo en la relación exclusiva e interpersonal descubre y comprende su propio misterio comunitario. El otro provoca una dimensión nueva: la experiencia moral, que exige ser tratado con ética y justicia, con amor y responsabilidad. Su presencia da origen al tú debes y yo respondo. La pareja es un nuevo ente moral social.

1.3.2.1. EL PROCESO

Actualmente la base sobre la que se forman casi todas las parejas es el enamoramiento. El enamoramiento es una emoción y tiene un fuerte componente de pasión, afecto, ternura y sexo. Pero una emoción es pasajera, porque está sometida a la ley de la habituación. Se sabe que el enamoramiento pasa y muchas parejas, basadas solamente en esas emociones se disuelven. Al final llegan a decir: que se pierde la ilusión o que ya no se siente lo mismo que al inicio. Como ya se ha dicho, la atracción, la pasión y el deseo propios del enamoramiento es una primera etapa. Para que el emparejamiento sea duradero se han de dar otros pasos, más compromisos, elecciones concretas y la vivencia de nuevos valores en la relación.

Es preciso, entonces, que la pareja desarrolle una auténtica intimidad. Después del enamoramiento, la intimidad es el segundo paso. Se entiende por intimidad el abrirse y contar cosas que, en otras circunstancias podrían usarse en contra. La intimidad permite recibir aceptación plena por parte del otro. Los enamorados se ponen completamente en manos de sus respectivas parejas, porque ya existe confianza e intimidad. Del contar ideas de terceros se ha de pasar a contar sus aspiraciones, sentires, miedos, etc.

No sólo es contar y compartir cosas con el otro, sino también compartirse el uno al otro. Cuando se ha llegado a este punto, se inicia guardando fidelidad mutua porque ya son dos en uno y están a la vista de todos. Se construye así el compromiso de vivir en pareja que es la decisión de permanecer en la relación pese a los problemas que vayan surgiendo.

En la medida que se compartan más compromisos y aspectos vitales, se tienen mayores aspectos en común. Entonces es necesario crear un método para tomar decisiones y establecer una estructura de poder, que puede ser más o menos democrática, pero siempre aceptada por los dos. Para tener intimidad, para tomar decisiones, y para convivir es preciso saber comunicarse, ayudarse y respetarse. Y con mucha más razón para resolver los problemas y conflictos que se han creado. La capacidad de comunicarse y de resolver los conflictos es fundamental para la continuidad de la pareja.

Otro aspecto muy importante es el apoyo mutuo. Se plasma en la fórmula de estar juntos en la salud y la enfermedad, en las alegrías y en las tristezas. El “otro” es el principal sostén ante las dificultades y amenazas a la vida de pareja. Así como se comparte los momentos felices, deben ser aceptados y resueltos las dificultades. En este apoyo, tanto en las buenas como en las malas es donde se define y cimienta la relación de pareja.

El aprendizaje de cómo se vive en pareja y cuál ha de ser el apoyo mutuo, se da dentro de la familia en la que se nace. Una de las primeras conductas que se desarrolla en ella, y desde niño es la del apego. Definida ésta como la búsqueda de protección ante amenazas externas.

Cuando ya se es adulto y dentro de la relación de pareja y matrimonial, el apego, sanamente entendido, es muy importante. Se lo debe entender como esa “cercanía”, certeza, confianza y fortaleza, que se deben el uno al otro. Ese estar pendientes (pensando, evocando, rezando, etc.); aunque la distancia sea grande.

El apego así vivido no sólo que es muy bueno sino hasta indispensable, para que humanamente, cada uno de los miembros de la familia se sienta parte importante, necesaria y corresponsable de la vida cotidiana.

1.3.3. EL DIÁLOGO EN PAREJA

Cuando las dos personas llevan ya un tiempo de relación, preferentemente de coexistencia, cohabitación y convivencia; es porque se han comprendido mediante el diálogo, en todos los sentidos. Ellos, además mantienen un lazo amoroso y un proyecto en común. Estas personas desarrollan un sistema que va creando sus propias leyes independientes y paralelas a las leyes de funcionamiento de la estructura individual, y tienen, por tanto, una dinámica particular con tiempos de relación y diálogo.

Es una manera de ser de dos personas en mutua presencia. Con el diálogo se realiza la apertura interpersonal. El diálogo para que sea tal no debe centrarse en una tercera persona, porque se volvería una discusión externa. Es un encuentro desde lo más íntimo y profundo de las dos personas implicadas. Con el diálogo se intercambia información única y valiosa de la vida de los dialogantes. Es un abrirse desde lo básico, hasta lo más profundo del ser y hacerle partícipe de lo que cada uno es, siente y piensa.

Se ha dicho que el yo encuentra al tú y se relaciona mediante el diálogo, es decir mediante la palabra, el gesto, la presencia, etc. El diálogo es una relación que va de persona a persona. Se habla, conversa y dialoga de temas y realidades que atañen a los dos. Pero no solo se habla de las cosas de los dos, sino de ellos mismos; de sus sentimientos, sus anhelos y miedos, sus ideas sobre la pareja. Por eso el diálogo siempre es un medio de personalización.

Del encuentro y el diálogo, que pueden ser teóricos, se pasa a “responder” al tú en la práctica. La apertura y amor al otro se mide en la capacidad de servicio continuo y desinteresado. De manera que no sólo se recibe sino que también se da. Se acoge y recibe lo que el otro es capaz de dar y entregarse. El amor, el servicio, la entrega y el diálogo son recíprocos. Dando y recibiendo es como se pasa del yo al tú y viceversa. Una dinámica que no siempre es fácil, pero que tiene que darse, aunque sea de a poco, para que siga existiendo una relación de pareja, un matrimonio y una familia estable.

1.3.4. LA SEXUALIDAD

La relación interpersonal está influenciada por las características que cada una de las personas tienen. Entre estas características se pueden destacar: la edad, la creencia religiosa, el sexo, el temperamento, la formación cultural y el poder económico. Realidades que son parte real de la persona y que de una u otra manera llegan a influir y hasta determinar el tipo y calidad de la relación.

En la relación de pareja, una de las características que influyen con notoriedad y determinación es la sexual. El ser humano es sexuado todo él, y así sale al encuentro del otro. Entonces se puede decir que en el fondo toda relación personal es una relación sexuada, porque está condicionada por la sexualidad de cada persona. La relación sexual conyugal mujer-varón es la más íntima, determinante y diferente a las otras relaciones (amistad, familiaridad, laborales, etc.)

Todas las personas, estén solteros o casados, sean jóvenes o adultos, buscan una relación íntima con otra persona. La intimidad es la base del amor; porque la intimidad es la parte esencial de los lazos emocionales duraderos y satisfactorios de una pareja con intención de matrimonio o no. Pero estas relaciones íntimas (definidas como amorosas) no son tan fáciles de mantener.

El amor de pareja tiene tres componentes: la intimidad, la pasión y el compromiso. Por intimidad se entiende el sentimiento de cercanía (unido o ligado) al ser querido. Se manifiesta en el compromiso por hacer de la mejor manera las cosas, estamos felices cuando están presentes y se puede compartir pensamientos y sentimientos. Esta intimidad puede ser menguada cuando existe miedo al rechazo, la negación de los sentimientos, las pautas de cortejo tradicional y apegado a relaciones muy ceremoniales⁴.

En cambio la pasión se refiere a los modos de excitación que conducen a la atracción física y a la conducta sexual en la relación. Las relaciones sexuales son importantes dentro de la pareja, ya que despiertan otros valores como la autoestima, afiliación y pertenencia. Muchas veces la intimidad lleva a la pasión, en otras la pasión precede a la intimidad y en algunos casos se da pasión sin intimidad o intimidad sin pasión.

⁴ Cfr., Domínguez , Xosé, *Antropología de la familia*, Madrid, BAC, 2007, págs.,108-134

El compromiso es un componente a corto plazo cuando se toma la decisión de estar con una persona sólo por pasatiempo, y a largo plazo cuando la relación está pensada a futuro, por eso se debe mantener y crecer en ese amor formando una relación estable. Si alguno de estos tres elementos o componentes llegan a faltar en una relación amorosa, el amor se debilita. Pero si en una relación de personas adultas se dan la intimidad, la pasión y el compromiso, se dice que es un amor consumado.

1.4. CONFLICTOS EN LA PAREJA

En todas las parejas, y más aún hablando del matrimonio, los problemas y conflictos siempre están y estarán presentes. La calidad de vida es un poco mejor en los cónyuges que están bien orientados en su misión familiar. Pero en el general de las parejas, comunes y corrientes, los conflictos ya sean mentales (depresión, trastorno bipolar, bebida, violencia, etc.) o físicos (corazón, cáncer, enfermedades inmunológicas, dolor crónico, etc.) estarán presentes y hasta aumentarán la probabilidad de cualquier tipo de accidentes.

Los conflictos se pueden desencadenar por cambios laborales (ascensos, despidos, etc.) enfermedad, paternidad o maternidad no deseada, ausencia definitiva de los hijos, trabajo de los dos cónyuges, etc. Tanto los aspectos negativos como los positivos de la vida son desencadenantes de “stress” que exigen a la pareja desarrollar continuos mecanismos de comunicación, que solucione los problemas.

En los conflictos se establecen “formas de conductas negativas” que se hacen crónicas y agravan los problemas. Aquí algunas de ellas: reciprocidad negativa en la comunicación, es decir que como en una competencia, a palabras negativas siempre se va a responder con palabras negativas; discusión con carga de meta-comunicación, es decir, que junto al mensaje verbal no agresivo va una carga gestual agresiva, el

interlocutor va a responder a la carga agresiva antes que al mensaje verbal; la crítica destructiva, el desprecio, la actitud defensiva y la habilidad para no escuchar al otro⁵.

También agravan la relación de pareja las “respuestas emocionalmente negativas” como las siguientes: los silencios prolongados, gritos por cualquier cosa, amenazas para dominar la situación, humillaciones públicas, palabras sarcásticas, gestos despectivos, llanto de autocompasión y/o auto-culpa.

Pero las realidades más conflictivas son las infidelidades, por lo general del varón; los celos, más presentes en las esposas; los vicios de toda índole, presentes en ambas partes y la violencia doméstica, que llegan a causar heridas, a veces tan grandes, que pueden acabar la vida de una pareja definitivamente.

Cuando la pareja ya se encuentra en una realidad conflictiva muy avanzada, el diálogo para “solucionar los problemas” no avanza, sobre todo cuando se da una “atención selectiva”, es decir solo se fija en conductas o palabras negativas del otro y se tiende a no ver o a disminuir la importancia de las palabras y conductas positivas de ambas partes. También complican los esfuerzos de solución, las “falsas expectativas”, es decir ciertas ideas irracionales tomadas del ambiente machista o feminista, que muchas de las veces se toman como verdades, tornándose exigencias que deben ser cumplidas al pie de la letra.

Las posibilidades de conflictos son también muy frecuentes en las áreas que conforman la misma estructura de la pareja. Las actividades más comunes e importantes como el “poder” de hacer y decidir sobre las finanzas, la vida sexual e íntima, el cuidado y formación de los hijos, la manera como se asume el mundo de las relaciones sociales, el aspecto de presentación personal y las difíciles relaciones con las familias de origen, son ocasión de problema⁶.

⁵ Cfr., García, José, *Los conflictos en pareja*, WWW.cop.es/colegiados/M-00541/ev.html.

⁶ Cfr., Calero, P., López. E, *Conflictos de pareja*, www.psicología-online.com/formación/cursos/pareja/.

1.5. LA CRISIS, OPORTUNIDAD DE CRECIMIENTO

Todas las relaciones de pareja llegan a mantener un cierto equilibrio que permite la estabilidad y seguridad de cada uno de los miembros. Pero el desarrollo de la vida tiene un proceso continuo de crecimiento y unas etapas que se van realizando, en el transcurso del tiempo. El proceso supone cambio y el paso de una etapa a otra puede traer desestabilidad. De seguro que los conflictos ya mencionados han descargado su carga de crisis, por no saber asumir los cambios que todo proceso trae. Se trata de un desequilibrio insatisfactorio como lo menciona Jellouschek.

Los dos sufren por ello –generalmente, uno más que otro-, pero no encuentran el modo de liberarse. Entonces, cuando ocurre algo, como en el caso de la relación extramatrimonial de la mujer, el equilibrio se rompe súbitamente, y surge el caos: todas las vías de evacuación se bloquean, y los sentimientos se encrespan. Ha desaparecido el viejo modelo de relaciones. Esto supone para todos los implicados una sensación de miedo y confusión, pero también lleva la oportunidad de encontrar algo nuevo. En el lenguaje profesional decimos que las crisis de relación ponen a prueba la capacidad operativa de la pareja⁷.

La reacción de uno o de ambos puede ser para cambiar y mejorar o para empeorar y terminar en una separación. Todo depende de la orientación que tomen los acontecimientos y los implicados.

Cuando existe buena voluntad, experiencia de Fe y un compromiso familiar o comunitario que está socialmente vivo; por lo general uno de los dos toma la iniciativa de cambio. Activa los mecanismos de autoestima, aguanta la crisis, recupera el atractivo

⁷ Cfr., Jellouschek, Hans, *El amor y sus reglas de juego*, Sal Térrea, 2003, págs., 144-145

personal, toma el control de su vida y tiene fuerza para emprender una nueva fase de convivencia conyugal.

Visto de buen modo, la crisis favorece el crecimiento. Para esto, y según el mismo autor, tanto uno como otro han de adoptar nuevas actitudes y formas de comportamiento. Así, y desde la Palabra de Dios, la crisis se puede ver con esperanza. Desde Dios todo se puede solucionar, siempre existen otras posibilidades y sí se puede dar nuevo sentido a la vida matrimonial.

Ciertamente, la situación anterior o de la “primera relación”, ya no se puede recuperar, ha quedado demasiado destruida. Lo mejor y más sano es que se despidan para siempre de esas relaciones y se ponga a laborar en las nuevas relaciones. Después de una crisis es saludable emprender con otras y mejores actitudes y compromisos.

Se ha de mantener una actitud positiva y creativa constante, porque hasta retomar con fuerza el nuevo camino siempre se volverá a mirar el desastre; esta mirada desgasta y confunde. Por eso, y constantemente, hay que repetirse el refrán “borrón y cuenta nueva”

La nueva actitud estará reforzada en el convencimiento de gastar energía solo para solucionar y lograr mejorar las relaciones rotas. El momento de buscar los culpables ya ha pasado. Cada uno aporta desde sus capacidades y cualidades.

Finalmente, ésta es una tarea de cada uno de los miembros de pareja. Aunque, y en un inicio, solo un miembro esté mejorando, es bueno que de apoco el otro miembro se involucre en el proceso de cambio. Y cuando se presenten dificultades en el camino, las frases que los anime han de ser: “resistiremos juntos”, “sí vamos a salir de esta situación”, “nosotros si podemos lograrlo”, etc.

1.5.1. SOLUCIÓN A BASE DE AMOR

La institución del matrimonio es un verdadero compromiso, una vía o camino que se debe andar bien y hasta el final. Por eso se debe librar una lucha auténtica por vivir los valores humanos y cristianos. Valores que en el medio ambiente ya no son tales o a lo menos “están pasados de moda”.

La orientación vital e irreversible que toma el matrimonio ha de poner en alerta a los interesados, de la presencia de corrientes actuales que la atacan desde una solapada indiferencia, hasta una abierta crítica destructiva.

Pero, y a pesar de todo, con la ayuda de familiares, instituciones religiosas, profesionales y los mismos actores, se ha de seguir depurando el amor de Dios y de benevolencia, base de las parejas y matrimonios.

Se trata del “amor-don”, dado como un regalo desde la gratuidad divina. Se trata del aspecto oblativo del amor. Del “ágape” que busca el bien y la promoción de la otra persona, como tal. Es la fuerza de este amor la que ha de ayudar a buscar todas las posibles soluciones a los problemas.

Conscientes de su fe, del amor que todavía existe y tomando como vehículo el diálogo, las parejas se han de decidir a cambiar. Aquí algunas posibles pistas o consejos:

- Que la pareja esté dispuesta, mediante la humildad, a salir de su egoísmo, de sus esquemas mentales y prejuicios.
- Que se puedan poner en el punto de vista del otro, entendiéndose y aprovechando las riquezas de cada uno.
- Que estén dispuestos a escucharse, respetarse, no juzgarse, ni criticarse negativamente.
- Que estén abiertos y dispuestos a ser interpelados y a asumir la parte de la culpa que le corresponde.

Para que estos consejos funcionen, lo verdaderamente importante es que los dos miembros estén dispuestos a solucionar los problemas. De manera que tanto el uno como el otro cedan en sus posiciones y asuman algunos compromisos en beneficio común.

CAPÍTULO III

3. IMPLICACIONES DE LA PASTORAL DE LA PAREJA Y LA FAMILIA

3.1. LOS AGENTES DE PASTORAL MATRIMONIAL

La Iglesia, representada en sus ministros, está consciente que incluso antes del noviazgo, cuando los jóvenes están despertando mediante el enamoramiento, a la vida de pareja, necesitan una orientación clara para su vida futura. Mucho más, si ya se está de novios y con aspiraciones a un cercano matrimonio. Por eso, durante la preparación al Sacramento, la celebración del mismo y en la nueva vida de pareja, necesitan una atención especial y un acompañamiento privilegiado.

Porque los valores y deberes propios del matrimonio y la familia (respeto, fidelidad, fe, confianza, responsabilidad, etc.) se conocen y deben vivir ya desde la niñez y adolescencia. Los futuros esposos, desde muy pequeños han de ser responsables con sus tareas, honestos con los grandes principios, misericordiosos con las realidades que no se pueden cambiar, y unos seres humanos que creen fielmente en el Dios de la vida. Todo esto es vivir conscientemente la vocación al matrimonio desde el plan de Dios.

Los jóvenes que acceden al matrimonio con la vivencia de estos valores y logran mantenerse durante el desarrollo del mismo, a pesar de las pequeñas y grandes dificultades, están realizando en su compromiso matrimonial la presencia del Reino de Dios. Así lo expresa el papa Juan Pablo II, en la Familiaris Consortio número 65, cuando se refiere al camino que toma una verdadera familia de fe: “A la luz de la fe y en

virtud de la esperanza, la familia cristiana participa, en comunión con la Iglesia, en la experiencia de la peregrinación terrena hacia la plena realización del Reino de Dios”⁸

Frente a estos desafíos no se han de omitir los esfuerzos para que la pastoral familiar tome consistencia y se desarrolle concretamente. Ojalá que al salir en busca de las parejas y familias, no se dedique solo a las familias cristianas, ni a las que están cercanas a la Iglesia o comunidad parroquial, y/o a las que han solicitado ayuda, porque ya están en problemas. El llamado que se hace a la Iglesia, es a que amplíe sus horizontes. Por eso se debe tomar especial interés en los matrimonios nuevos, en las parejas alejadas y en el testimonio que pueden y deben aportar las familias ya experimentadas. El campo de trabajo es muy amplio, así como también las dificultades que a diario nacen en las parejas y familias.

El reto de los agentes de la pastoral familiar no solo es para el presente, ya que además, se aspira certeramente, a que en un futuro, ojalá no muy lejano, la evangelización dependa en gran parte, de la familia cristiana o iglesia doméstica. Esa es la gran aspiración según las palabras del propio papa: “Hay que llevar a cabo toda clase de esfuerzos para que la pastoral de la familia adquiera consistencia y se desarrolle, dedicándose a un sector verdaderamente prioritario, con la certeza de que la evangelización, en el futuro, dependa en gran parte de la Iglesia doméstica”⁹

Entonces, también se ha de orientar todo tipo de esfuerzos a la preparación de las nuevas parejas misioneras. El acompañamiento en la formación se ha de extender tomando en cuenta las varias etapas por las que atraviesa la pareja y el matrimonio, y lo ha de hacer progresivamente. El trabajo de los responsables, además del testimonio de vida fiel y las palabras de aliento, ofrecerá ayuda concreta con especialistas en el tema.

⁸ Juan Pablo II, *Familiares Consortio*, Bogotá, Ediciones Paulinas, 2004, pág. 113.

⁹ Idem.

La misión de los agentes, entonces no se limita al inicio o nacimiento de una nueva familia, sino y especialmente al desarrollo y consolidación de la misma. Cuando nacen y crecen los hijos, cuando hay dificultades de orden social, económico, familiar y de Fe.

3.1.1. AGENTES PROPIOS Y ESPECIALIZADOS

Al interior de la Iglesia ya existen los agentes consagrados por el ministerio de la ordenación, que vendrían a ser los principales responsables; pero no son los únicos. Junto a ellos debe existir un grupo calificado y profesional de acompañantes ordenados y laicos.

Siguiendo un orden descendente, el Obispo, según la Familiaris Consortio, es el que dentro de la diócesis, debe estar al frente de la pastoral de parejas y acompañamiento familiar. Él, como padre y pastor, prestará especial atención a este importante sector de su acción pastoral. Sobre él recae la responsabilidad de preparar con atención y tiempo suficiente a las personas adecuadas, con los recursos y materiales de apoyo e integrarlos en las diversas estructuras diocesanas¹⁰.

La mano derecha de los Obispos, y ya trabajando en las distintas parroquias, son los presbíteros o sacerdotes. Ellos dentro de esta pastoral, además de dedicarse a los problemas morales y litúrgicos de la familia, se orientarán al trabajo personalizado con las parejas, para poder sostenerlos en los grandes sufrimientos y conflictos, a veces ya muy avanzados. Ellos junto al diácono (si lo hubiera), los laicos especializados y/o matrimonios preparados establecerán una comunicación directa con las parejas y las familias.

Ha de ser un trabajo lleno de paciencia, que no solo supone ayuda profesional, sino también oración y formación constante. Entonces dedicarán una gran parte de su

¹⁰ Cfr., Juan Pablo II, *Familiares Consortio*, Bogotá, Ediciones Paulinas, 2004, págs. 129 -130.

tiempo, y en grupos se formarán para mantenerse dentro del recto sentido de la Fe. Tarea que la realizarán con la ayuda del magisterio de la Iglesia, los teólogos y los expertos en temas matrimoniales y de pareja.

Las religiosas y religiosos, además de dar testimonio de entrega en su consagración fiel a la causa del Reino de Dios, están también disponibles para el servicio a las familias. El acompañamiento ha de ser a las familias completas o a sus diversos miembros cuando la familia está incompleta o en vías de separación. Su presencia, palabra y acción ha de llenar de esperanza y fortaleza a los miembros de la familia con las que trabajen.

3.1.2. LOS LAICOS ESPECIALIZADOS

Se trata de profesionales en ejercicio de su trabajo como médicos, asistentes sociales, juristas, psicólogos, consejeros, etc. Ellos ya sea de manera personal o sea mediante asociaciones e iniciativas grupales ofrecen su contingente especializado. Al tratarse del acompañamiento pastoral a las parejas y familias, ya no se trata solo de un trabajo profesional, sino de una verdadera misión pastoral, como lo recuerda el papa: “El vuestro es un compromiso que bien merece la calificación de misión, por lo noble que son las finalidades que persigue, y determinantes para la sociedad y de la misma comunidad cristiana los resultados que derivan de ellas”¹¹

El trabajo pastoral de este grupo de agentes especializados, especialmente en los actuales momentos, estará dirigido a las familias de los migrantes, a las familias que se unen naturalmente (sin matrimonio, ni siquiera civil) y que también fácilmente se separan por cualquier dificultad, y a las familias de padres y madres solteras.

3.2. LA NUEVA PASTORAL PARROQUIAL

¹¹ *Íbid.*, pág. 133.

Las nuevas realidades y desafíos que la vida moderna presenta hoy, complica a diario la vida del ser humano, y con más énfasis a las parejas y familias. En las diócesis y parroquias los equipos pastorales especializados ven que su labor también se dificulta. El reto se amplía con las nuevas uniones libres. La pastoral de acompañamiento necesita cada vez más de más de nuevos agentes, recursos materiales y una formación continua.

Pero, a este punto está bien pensar en positivo, y mirar con buenos ojos al hombre y la mujer, unidos en la bendición del Señor. Sea los matrimonios legales (civil y religiosa) o los de unión libre, que sí se están orientando por una vida de valores. Es decir cuando se aman, dialogan con la verdad y comparten todas las realidades de la vida, desde el amor y los valores humano-cristianos. Cuando entienden y asumen el plan de Dios con respeto y agradecimiento, y en su vida existe oración para permanecer fieles entre sí y a la voluntad divina.

La Iglesia es consciente, que aunque no pueda llegar a todas las parejas y familias, su trabajo misionero, en este campo; lo ha de seguir realizando con mucha más calidad. Por eso se ha de dedicar y con mayor énfasis a los aspectos prioritarios, en primer lugar y a los no tan importantes, pero son necesarios, en segundo lugar.

3.2.1. PROMOVER LA DIGNIDAD HUMANA

El ser humano en sus dos manifestaciones varón y mujer, ante Dios y también la sociedad son iguales en dignidad, en posibilidad de toma de decisiones y en cuanto a querer y poder construir un mundo mejor para sí y a su alrededor. Como dos polos distintos, pero necesitados el uno del otro. Varón y mujer, diferentes corporalmente, pero orientados a la complementariedad y llamados a la comunión y comunidad familiar. El objetivo de la diversidad, además de hacerse compañía y de ayuda mutua, es para la procreación. Al crearlos macho y hembra, obra muy buena, Dios les bendijo para que sean fecundos, en todo sentido y multipliquen la vida hasta llenar la tierra. Varón y mujer son entonces llamados a ser co-creadores y corresponsables con Dios en la continuidad de la vida de la especie humana.

Entonces la vocación al matrimonio, y un buen matrimonio, no es solamente el encuentro feliz de dos seres que quieren conscientemente vivir el resto de la vida juntos. Dios los ha preparado para que se complementen y así se realicen como personas, pero también, y de ese encuentro, el mismo creador les ha confiado una tarea sublime como es la procreación y educación de los nuevos seres humanos. Por eso es de capital importancia que los nuevos contrayentes estén convencidos de la importancia de su nueva tarea. Han de profundizar continuamente en esta primera misión, porque después, ya como familia y mediante el acompañamiento de un equipo pastoral en la Fe, han de ser testigos de Cristo Resucitado en sus vidas. Asumir no solo biológicamente los nuevos hijos, sino también humana y cristianamente los que, responsablemente se los puede educar con la dignidad de hijos de Dios.

No solo la vida del ser humano sino toda vida es obra maravillosa de Dios, por eso debe ser entendida y acogida con respeto y mucho amor. De alguna manera es la vida del mismo creador, de allí su dignidad, su grandeza y su orientación a la salvación.

3.2.2. CREADOS A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS

Dentro de cada ser humano existe un misterio divino, sembrado por el mismo Dios. Pero, ¿Qué hay de divino dentro del ser humano? Ciertamente Dios se volcó en el interior del ser humano y lo convirtió en imagen viva de su ser. Además de la capacidad de pensar, decidir con libertad y amar, posee un conjunto de capacidades espirituales que lo hacen ser superiores al resto de las criaturas, y un buen rostro visible del Dios invisible. Por eso merece la misma gloria y respeto que merece su creador.

Una de las maneras más concretas de revelar a ese Dios escondido es transparentando su gracia y cumpliendo su voluntad. En definitiva, realizando la obra que Dios confía a cada persona y pareja; para que su amor brille en la tierra. Todos y cada uno de sus hijos, como buenos hermanos, experimentando gozosos las maravillas

de la vida, y realizando con toda esperanza su plan; porque saben que, al final de esta vida, disfrutarán de una Nueva Vida, más completa y definitiva.

A esto se refiere la gran dignidad de ser hijos de Dios, creados a su misma imagen y semejanza. Creados para la felicidad, para reflejar su maravilloso amor y no solo humanizar, sino divinizar toda la creación.

3.2.3. EL ROSTRO COMUNITARIO DE DIOS

El rostro de Dios se refleja de mejor manera en el rostro conyugal, es decir cuando el matrimonio es y ha sido bendecido por Dios. Se trata del rostro comunitario del creador. La bendición de Dios, se entiende aquí, de dos maneras y direcciones, que al final se complementan.

En primer lugar es tomar al Dios creador como la principal fuente del verdadero amor. De ese amor total y con mayúsculas, más pleno, completo y diferente al amor humano; tan interesado y orientado casi solamente a la sexualidad.

Se ha escrito ya, que la base de todo matrimonio es el amor, que sin la presencia y vivencia de este valor humano-divino no existe nada comunitario ni duradero. Pues, una de las primeras bendiciones del creador es donar este valor a las personas, sus hijos e hijas para que puedan dar sentido a la vida.

Y ya en el amor de pareja, ellos se sienten atraídos por ese amor especial. Se trata del amor en sentido amplio, es decir un amor vivo, espiritual y corporal. Un amor continuo y actuante, como de los amantes. Un amor sincero, nacido de dentro y manifestado en una decisión de entrega corporal y fiel. Un amor no solo de palabra, sino también de sacrificio, de lucha, de donación total. Es el amor de Dios sembrado en el corazón de cada nueva creatura. Amor divino que se vuelve amor humano. Que se expresa en el afecto de los niños, en la amistad de los adolescentes y en la intimidad de

las parejas. Se hace presente con palabras, detalles, miradas, caricias y manifestaciones de toda clase. Se trata del amor don, oblativo y de ágape (amor divino).

En la historia cambia todo y de hecho, en lo referente a la realidad matrimonial ha cambiado, social y religiosamente los ritos, ceremonias, detalles, etc., pero de fondo sigue perenne ese amor inicial. La bendición se da cuando se entiende y acoge ese amor en el sentido amplio y profundo de la palabra. Entonces, en el amor está el sí fiel, la expresión de la entrega libre y voluntaria, la donación de sí, la capacidad de la aceptación incondicional del otro, el acceso mutuo al corazón de la pareja. En ese amor está la transparencia original de la bendición de Dios sobre el hombre y la mujer.

En segundo lugar se tomar en cuenta la respuesta positiva que el hombre y mujer dan al Dios creador del amor. Si se cree y acoge esta obra tan magnífica se debe necesariamente responder agradecidos y concientes de lo que reciben. Se trata de la Fe o de creer certeramente en el Dios-amor. Vivida sacramentalmente en la comunidad parroquial, en la vida familiar y en el corazón de la pareja.

Ya se ha escrito también que Dios es esa fuente primera y real del amor. Que él ama y bendice a los que se aman según su plan. La bendición de Dios, pedida oficialmente en el matrimonio eclesiástico, no puede ser una máscara que esconde, detrás de una ceremonia elegante, la falta de una Fe verdadera en el Dios creador del amor. La Fe en Dios, es creer en Aquel que santifica el amor.

En la decisión y esfuerzo de amar cada día se revela la gracia de Aquel que bendice interiormente, silenciosamente, pero poderosamente, el amor del hombre y de la mujer. Si la fe de los esposos es una fe verdadera, una fe concreta en el creador del amor; entonces crecerá profundamente el amor conyugal y familiar.

Hasta el punto que las fórmulas religiosas, sean de la religión que sean, pueden cambiar; pero si no existe una fe verdadera en Dios, la fórmula religiosa queda vacía, sin gracia y sin la bendición efectiva de Dios.

A manera de conclusión, la nueva pastoral parroquial, además de tomar en cuenta todos los aspectos necesarios y complementarios de las nuevas parejas y matrimonios, ha de tomar muy en serio estos dos pilares fundamentales de la pastoral matrimonial y familiar.

Si las parejas y familias no lo conocen, la tarea es de la catequesis parroquial. Sea con una catequesis, el acompañamiento pastoral y/o la formación cristiana continua; los destinatarios han de asumir este amor y esta Fe. De lo contrario las parejas y familias están, tarde o temprano condenadas al fracaso.

3.3. LOS VALORES DE LAS PAREJAS Y FAMILIAS

Se trata de la vivencia de aquellos valores que, en la medida de la experiencia, ayudarán eficazmente a desarrollar plenamente la relación de pareja y una auténtica vida familiar. También estos valores tienen, de alguna manera, su origen en el autor de la vida.

Dios es eterno, es vida y es amor. Es una comunidad trinitaria, misterio de unidad. Parecen afirmaciones sencillas, pero contienen una carga profunda de verdad y positividad. Se habla de una dimensión divina y por lo tanto perteneciente al misterio. El misterio es algo real y verdadero a lo que no podemos acceder solo intelectualmente, ni de golpe, sino integralmente y en un proceso que dura toda la vida.

La vida y el amor humano proceden de esta realidad divina. Se trata de la VIDA y el AMOR con mayúscula, es decir que es infinito, total y plena. La vida y amor que el ser humano experimenta es limitado y finito, y no alcanza para sondear la inmensidad del Amor y Vida del que procede.

Dios es amor como lo dice la carta de Juan (1Jn 4, 8.16) y más claramente expresado en la primera carta de Pablo a los corintios (1 Co 13, 1-13), en el himno a la caridad. Amor que “ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” según (Rm 5, 5)

El amor divino es fuente del amor humano. Sin amor y Fe no hay ni matrimonio ni familia. Ese amor y Fe es el valor básico de la conyugalidad. De este valor se derivan los otros valores como el respeto, diálogo, fidelidad, tolerancia, etc. Comprender a la pareja es tener amor por ella. Pedir disculpas y perdonar es expresión de amor. Confiar y servir al esposo o esposa es vivir en el amor. Vivir positivamente, con alegría y esperanza dentro del matrimonio y en la familia significa que se vive en el amor y la gracia de Dios. El amor y la Fe son entonces principio, fuente y base del amor humano experimentado en las parejas y matrimonios.

3.3.1. EL DIÁLOGO CONYUGAL

El diálogo es lo contrario del monólogo, sobretodo en la vida matrimonial. El diálogo es comunicación compartida e implica relacionarse de corazón a corazón. No se trata simplemente de hablar por hablar, sino que supone un abrirse de mente y sentimiento, y estar dispuesto a darse, desde dentro. Tanto el abrirse como el darse es un don que se lo debe hacer con amor. De esa manera la palabra viene a ser el vehículo externo de la realidad a compartir, y de la comunión interna que ya debe existir en toda pareja.

El dialogar y comunicarse claramente es una cuestión vital dentro de la vida matrimonial. Es uno de los elementos esenciales que posibilitan el convivir y el realizarse como pareja y como hogar ya formado. Es una realidad personal fundamental, para darse a conocer y comprender al otro. Solo mediante él afloran los sentimientos, los gustos, los proyectos y la realidad total que supone el matrimonio.

Como consecuencia, el diálogo y la comunicación es una exigencia conyugal imperativa, para afianzarse interiormente y exteriormente en la aceptación, para revelar la identidad de cada uno y como medio de desahogo y curación interior.

No es fácil tener un diálogo y comunicación abierta y total, porque los seres humanos son en sí mismos un misterio y se complican fácilmente (y a veces por todo).

Desde jóvenes cuesta entenderse uno mismo, y con un ambiente muy exigente es duro aceptarse, así como se es. Por eso, si dos personas, aún siendo normales, son complejas, es hasta lógico que el diálogo resulte difícil y complejo.

Siempre existirán resistencias voluntarias, situaciones delicadas escondidas, desconfianzas involuntarias y sospechas, sobre la sinceridad de lo que se comparte. Sobre todo si ya hay un ambiente negativo creado por los prejuicios, el autoritarismo o violencia, el rechazo y la falta de sigilo en las cosas confidenciales.

Pero a pesar de todo, el diálogo y la comunicación es una realidad indispensable. Se llame diálogo verbal o no. El diálogo no verbal se expresa mediante las palabras escritas con cariño como: tarjetas, cartas, notas, mensajes celulares, y mediante la comunicación simbólica especial como: miradas, abrazos, besos, caricias y todo tipo de detalles con carga emocional.

Entonces, el diálogo y la comunicación conyugal es el camino real para la verdadera integración matrimonial. Sin él la vida de pareja y de hogar cojea, y de por vida. El diálogo y la comunicación es ya parte del amor, que es la esencia misma de la vida de toda pareja y matrimonio.

3.3.2. LA FIDELIDAD

Según el diccionario fidelidad significa la dedicación total y exclusiva a una sola persona, cosa o situación. Ser fiel es ser leal a un compromiso y palabra dada. Ser auténtico y digno de ser creíble.

Sería todo cristiano que vive sujeto a las leyes y compromisos adquiridos, ya sea como célibe o como casado, es decir que cumple a cabalidad con su misión y compromiso adquirido personal y públicamente.

En la relación de pareja y en la vida familiar la fidelidad al proyecto común y a la persona, en las buenas y en las malas, es la base del compromiso de vida común. Su principal tarea es vivir fielmente la realidad de la comunión en pareja y comunidad con el resto de la familia. La comunidad primera es la que se instaura y se desarrolla entre los cónyuges; en virtud del pacto de amor conyugal, por el que el hombre y la mujer no son ya dos, sino una sola carne (Mt 19, 6; Gén 2, 24) y están llamados a crecer continuamente en su comunión a través de la fidelidad cotidiana a la promesa matrimonial y la recíproca donación total.

Se trata de la *común unión*, es decir de la unión querida a propósito por los dos que unen sus vidas, en un mismo proyecto vital. Según el texto bíblico ya no son dos vidas sino una sola. La decisión libre y voluntaria de unirse en una comunidad conyugal los introduce en una nueva dimensión radical; conformar una tercera realidad llamada conyugalidad. Unidad mutua y profunda, que unida al buen vivir de la prole, reclaman de hecho y derecho la indisolubilidad de este compromiso. Por eso se ha de preparar consciente y radicalmente a vivir totalmente el valor de la fidelidad.

Ser fiel a su palabra y al compromiso con una sola persona, es vivir el valor del Amor y Fe. El o la que piensa, siente y trabaja para mantener, a pesar de todas las dificultades, una verdadera vida matrimonial y de familia; es porque está viviendo del Amor de Dios. Es fiel, y su fidelidad se oye y ve en los hechos concretos.

3.3.3. LA TOLERANCIA

Antes de aclarar este valor se mirará lo que no es la tolerancia. Se cree que la tolerancia es independiente de los valores fundamentales del amor, la justicia y el

respeto. Hasta llegar a decir que “tolerar no es ni amar ni respetar, ni ser justo”. Viene a ser como un aspecto intermedio y sin mayor valía. Cargándola tanto al concepto de la palabra como al contenido, de negatividad y poca importancia.

Se cree también que tolerar es un comportamiento solo exterior, como una actitud pusilánime de aguante, como para no crear problemas. Como no nos dice qué hacer, se la toma como “qué no se le debe hacer al otro”. Entonces tolerar es renunciar a todo lo que se le puede hacer al otro, sea en bien o en mal. En definitiva que no se lo toque. Algo parecido a ignorancia mutua e indiferencia, y eso se da en un mundo desunido. En este sentido, a la tolerancia se le ha vaciado de interioridad, es decir, de motivos e intenciones; en una palabra de moral.

Finalmente se cree la tolerancia como una virtud hipotética, es decir que el valor de la tolerancia depende en última instancia de las cosas que se deben o pueden tolerar. Entonces su objeto depende solo de los intereses. Así, la justicia puede ser tolerada como la injusticia. La tolerancia así entendida funciona solo a conveniencia, y eso es contrario al amor, por ejemplo, que es bueno siempre.

Tolerar en la pareja y en la familia es ser consciente que al vivirlo estoy siendo justo, respetuoso y amable. Que no se aguanta por aguantar, sino es un acto interior lleno de libertad y voluntad. Se debe tolerar lo que es tolerable, es decir lo que sí se puede cambiar y lo que está en proceso de mejoramiento, con ayuda mutua por supuesto. Y no se debe tolerar los males que a propósito quieren dañar la vida familiar o ser tolerante del intolerante, por ejemplo.

Tolerar, al igual que cualquier otro valor, es una tarea que se aprende. Se aprende a tolerar al darse cuenta que el otro es diferente a mí. Y en la vida matrimonial, la mujer es diferente al hombre, el ser una sola carne no anula la libertad y la personalidad. Más todavía al encontrarse en un ambiente donde no se “aguanta” nada. Aceptar la diferencia es ya un acto de amor. Ser tolerante es también un acto de Fe. Porque, y dentro del matrimonio, soy responsable por la vida de mi cónyuge. Debo

responder, ante Dios, no solo por la vida de los hijos, sino también por la vida de la pareja.

3.3.4. LA ENTREGA

En la creación de la mujer, en el segundo relato de la creación, viene a ser el punto culminante del acto creacional. Los animales están emparentados con el varón, ya que fueron sacados de la tierra. En cambio la mujer es sacada del mismo hombre, no de la tierra. Entonces es idéntica a él, se convierte en ayuda y complemento adecuado. Ya no es uno, son dos; por eso el redactor en el verso 24 da la explicación etiológica del misterio de la unión entre el hombre y la mujer: lo que era uno tiene que volver a encontrarse en la unidad perfecta del amor, que tiene su origen en el proyecto creador.

La frase “no es bueno que el hombre esté solo”, sino que ha de estar unido a su mujer ha de entenderse en contexto conyugal, no en las simples relaciones de hombre-mujer. Es tan importante esta nueva relación que, por ella, el ser humano rompe las vinculaciones de su familia originaria. Esta nueva relación llega a ser tan profunda que se llega a hablar de un solo ser o una sola carne, formada por dos esposos. No se trata de una fusión sino de la unión en una comunión, y esto dentro de una comunidad inicial.

3.4. VIVENCIA DE LA PAREJA

La fe en el Dios manifestado por Jesucristo es la base de los valores humano-cristianos, que ha de practicar toda pareja (familia) que se diga bien orientada, y viviendo su vocación matrimonial de manera auténtica. La fe en que el bien o lo bueno es posible desde la buena voluntad y constancia es el motor de su actividad. La fe en que la comunidad matrimonial sigue siendo una alternativa de vida humana, frente al egoísmo, individualismo y materialismo deshumanizantes. Esta fe que la hemos aprendido de Jesucristo y heredado de las primeras comunidades cristianas es la que seguirá manteniendo los matrimonios y hogares, actualmente.

3.4.1. EL TESTIMONIO DE CRISTO

El matrimonio es la unión de un hombre y una mujer en orden a construir una familia. Bíblicamente la institución familiar no es fruto de la casualidad ni del simple instinto natural, sino que tiene su origen en la voluntad del Dios creador (Gn 1, 27-28; 2, 20-24). Además, en su proyecto original el matrimonio es una institución indisoluble y monógama (Mt 19, 4-5). El divorcio y la poligamia se permitieron en el antiguo pueblo israelita, por la presencia de costumbres negativas en el ambiente matrimonial de aquel tiempo, la dureza de corazón de los varones y la incapacidad de los involucrados de captar en su amplitud los planes de Dios.

Jesús recuperó en su mensaje, el ideal que Dios tuvo en el principio. En la nueva familia o familia cristiana ya no tienen razón de ser tales concesiones permisivas. Si se entiende correctamente el Plan Divino y se cree positivamente que con la ayuda de él, si es posible un matrimonio como Dios manda. El matrimonio cristiano, desde el sacramento es bien visto, hasta el punto que se lo toma como un símbolo de la unión de Cristo con la (su) Iglesia (Ef 5, 32).

Jesús no determinó nada especial para la institucionalización del matrimonio, como matrimonio cristiano. Su actitud frente a esta institución tradicional era solo exigir el cumplimiento del ideal de amor que ya existía “desde el principio”. Frente a la “dureza del corazón” de los maridos, Dios, en la primera alianza, no había exigido este cumplimiento. Entonces Jesús se coloca en la línea de llevar a la realización plena la vida de fe-amor dentro de la pareja-matrimonio.

En esa misma línea van los mensajes de Mt 19, 3-10 y Mc 10, 1-12. Se trata de llevar a la plenitud, dentro de la fe cristiana, esta realidad profunda del amor humano. Los mensajes evangélicos se los interpreta como un anuncio profético de salvación y no como una ley nueva. Jesús va más allá de la discusión de los fariseos y de la ley de Moisés, situando el problema de la pareja al nivel del proyecto creador.

Se trata de la unión de un hombre y una mujer, deseados por los dos con una buena dosis de libertad, voluntad y consciencia; y que ha de ser para siempre.

Sin caer en la casuística y sin quedar atrapado en controversias de escuela, Jesús sitúa el debate en su verdadero horizonte. Encausa la solución a los problemas del matrimonio desde la intención originaria del creador, que es su raíz. El matrimonio tiene un carácter de Alianza y no de mero contrato, de allí que la fidelidad conyugal depende de la vivencia del amor verdadero y de la fe, y no de la fugaz ley (humana). El amor y la Fe verdadera, base del matrimonio, es incompatible con la infidelidad, la desunión, el engaño, la doble vida, etc.

3.4.2. EL TESTIMONIO DE LAS PRIMERAS COMUNIDADES CRISTIANAS

En las comunidades paulinas, el matrimonio era una realidad pagana y profana que se vivía “en el Señor”. Tiene un valor dentro de la salvación, pero no como una realidad específicamente salvífico-cristiana. La realidad misteriosa del amor humano, en la predicación de los profetas, recibió una iluminación nueva al pasar a ser imagen de las relaciones de Dios con su pueblo.

En la Nueva Alianza, la realidad del matrimonio es plenificada al entrar en el ámbito de la Alianza de Cristo con la Iglesia. En Ef 5, 22-23, la alianza de Cristo con la Iglesia de cuya realidad es “tipo” el pasaje de Gn 2,24, ilumina la realidad del amor conyugal elevándolo a una altura increíble. Este hecho ilumina y abre caminos nuevos para la manera de vivir en cristiano, el matrimonio.

CONCLUSIONES

La sociedad actual consumista, competitiva, violenta y materializada está perdiendo el horizonte de los valores, de la vida en familia y del servicio comunitario. Sus grandes vacíos en lo referente a la fe y a un humanismo bien fundamentado, la está dejando sin piso, y así no podrá enfrentar los nuevos desafíos. Estos grandes problemas actuales influyen directamente en la relación e institución básica como es la pareja y la familia.

Si la pareja está en crisis, de seguro que también el resto de la familia, sus actividades y sus proyectos. Así, la falta de formación, la vivencia de antivalores y la mala voluntad hace que las nuevas parejas rompan con facilidad sus compromisos. Estos problemas y vacíos familiares más los nuevos retos sociales se han convertido en un desafío, no solo para la familia y la Iglesia, sino para la misma sociedad.

Esta gran realidad de la vida me ha llevado a estudiar el tema de la relación de la pareja humana y por ende del matrimonio y la familia, desde un enfoque bíblico. En la investigación me he encontrado con visiones contrapuestas; algunas que sí apoyan, desde la visión eclesial, una vida de amor y fe para que el matrimonio sea una verdadera vocación y otras no tanto. Ojalá este trabajo sea una luz y orientación para las nuevas parejas y los matrimonios, aunque ya tengan un caminar avanzado.

Toda experiencia edificante, estudio iluminador o buen descubrimiento hay que socializarlo. El saber compartir lo que verdaderamente ayuda a mejorar la vida de la pareja y la familia es parte del testimonio cristiano. Por eso, que de lo leído, descubierto, experimentado y entendido se puede llegar, con alguna seguridad, a las siguientes conclusiones:

Una pastoral eclesial coordinada y positiva. La Iglesia al ser madre y maestra, y en función de su misión está ya acompañando a los matrimonios y familias. Algunas

diócesis le han dedicado mayor empeño que otras. Pero los esfuerzos de la pastoral familiar, tanto diocesana como parroquial están poco coordinados con el resto de pastorales. Además las familias han experimentado un notable cambio en las condiciones demográficas (rápido y desorganizado crecimiento poblacional), socio-culturales (poca formación humana y cristiana) y económicas (desigual capacidad adquisitiva).

Por eso se concluye que se debe hacer una pastoral coordinada y positiva. Que parta de la realidad, así como se encuentre; sin lamentarse por lo que no pudo ser ni desesperarse por un ideal, a veces demasiado inalcanzable. Que esté apoyada en una verdadera vivencia de valores cristianos. Un acompañamiento más eficaz es muy necesario y posible a la vez.

Con una formación continua de agentes. Ha de ser una “opción pastoral” que han de implementar todas las Diócesis. Ya que la formación y especialización no solo es muy necesaria sino, también una inversión sustentable a corto y largo plazo. Porque educar a la familia es educar y acompañar también a los niños, jóvenes y nuevas parejas. Una formación que debe ser continua y apoyada por todos, porque de lo contrario los esfuerzos se vuelven poco fructíferos. Además a de estar apoyada en los estudios científicos actualizados que se ofrecen como: la sociología, la medicina, el derecho, la psicología, etc.

Trabajo en equipo y a futuro. La pastoral matrimonial y familiar debe ser el eje transversal en la planificación general. Es decir que, además de trabajar en equipo al interior de su área, se ha de coordinar con el resto equipos pastorales. Que no se limite solo al presente de los novios y parejas en problemas, sino que además oriente a los adolescentes y familias maduras con sus nuevas dificultades. Que movilice todos los recursos indispensables, tanto humanos como materiales, y con una disponibilidad generosa que amerita el caso.

Que esté vigorosamente impulsado por el centro vital, es decir desde el papa, el episcopado y las instituciones afines. De lo contrario la labor será fragmentada, lenta,

con dudas y falsos pretextos ante los mínimos problemas. Más todavía si las sociedades de hoy solo quieren las soluciones rápidas, fáciles y placenteras.

Desde la Fe y la Esperanza. Desde esta preocupación general, personal, de conjunto y sin escatimar los todos medios necesarios es como se ha de acompañar. Es decir, se ha de hacer todo lo que se puede y debe hacer, con Fe y Esperanza. Sabiendo que la vida está en las manos de Dios y que todo esfuerzo humano, en el campo pastoral, sí es posible.

Conociendo de antemano que, cuando el ser humano ya ha puesto todo de su parte, entonces Dios pondrá también, su gran aporte. Y aunque parece que no se avanza, ni mucho ni al ritmo requerido, Dios mismo está trabajando de manera profunda y lo suficiente en lo secreto de cada hijo e hija, de cada pareja y familia. Por la presencia de esta gran realidad los agentes han de continuar su tarea, aunque parezca difícil. El apoyarse en el equipo, en las jornadas de formación cristiana y la oración será una muy buena motivación. Nunca debe faltar la experiencia de la Fe y oración constante.

Hermanos e hijos del mismo Padre. El amor verdadero no es ciego, todo lo contrario, el amor permite ver y conocer progresivamente lo más íntimo y profundo del ser amado. Cuando se contempla al amado con la mirada del amor, es decir así como Dios mira, la imagen que se percibe no es una ilusión o un espejismo. Lo que se contempla es un hijo o hija de Dios, un hermano o hermana, o al menos un semejante lleno de misterios que hay que conocer.

Por eso, amor y conocimiento se relacionan estrechamente entre sí. Iniciar un conocimiento continuo, progresivo y respetuoso es poner en práctica un aspecto fundamental del amor, ya que no se ama lo que no se conoce. El conocimiento es una expresión exacta, porque el amor matrimonial es capaz de ver al otro de un modo singular y auténtico. Por el conocimiento se descubre al ser humano en su íntimo misterio y en sus más profundas posibilidades.

Proceso de apertura, integración y ayuda. Además del acompañamiento de la Iglesia, un acompañamiento que pueden hacer las familias, tanto de la esposa como del esposo, fuera del testimonio de vida y fe, es dejar que la nueva familia se conozca, madure y aprenda a sobrellevar el nuevo estado adquirido. También han de estar dispuestos a apoyarles y aconsejarles cuando ellos se lo pidan. Y si se hace “muy necesaria” la intervención, se la ha de hacer, explicando el por que se lo hace.

Todo es un proceso de apertura, aprendizaje e integración; que se la ha de realizar si se quiere avanzar. No solo la familia y la Iglesia han de acompañar progresivamente sino que la misma pareja-matrimonio-familia ha de entrar en un proceso de ayuda mutua, apertura y crecimiento continuo en el amor.

Desde la experiencia de vida. Como se está tratando con matrimonios cristianos, es un hecho que las familias deben ayudar con la oración constante. Hacerles saber que se está pensando en el bien de ellos, que se les ha puesto en las manos de Dios, que están dispuestos a ayudarles siempre y como Dios mismo lo haría. Este inicio y acompañamiento en la oración da seguridad, confianza y positividad a las nuevas parejas.

Su caminar como familia, sea en bien o con dificultades les hará entender que la vida en sí misma es una entrega diaria. Si sus padres tuvieron problemas y muchos, y aunque parece que ya terminan su compromiso siguen con dificultades es para que entiendan que la vida de matrimonio es un caminar que exige esfuerzos y sacrificios. Y los compromisos, mientras más grandes son, más entrega y dedicación conllevan.

Un amor que es para siempre. La finalidad del matrimonio, además de la realización humana es la paternidad y maternidad responsables. Entendida esta como el deseo por parte de los esposos de concebir a los hijos que sean capaces de alimentar y educar en una vida verdaderamente humana y cristiana. Para un matrimonio católico la paternidad y maternidad plenamente responsable importa una generosa decisión constante y renovada frente a Dios.

Renovación constante, porque el amor es para siempre. El amor matrimonial es para siempre mejorar y caminar en positivo. El encuentro amoroso es para hacer crecer a los dos. Y si se llega a conocer las debilidades o males del otro es para sanarlas y reconciliarlas a propósito. Si el amor matrimonial es auténtico, no solo que ha de ayudar a su familia, sino que ha de ser una luz para el resto de la familia.

El testimonio del amor. El testimonio del amor y servicio fraterno entre los discípulos de Jesús, hace que los de fuera de la comunidad apostólica exclamen: “miren como se aman” (Jn 13, 35) De la misma manera, si una pareja dentro del matrimonio, junto a sus hijos e hijas, y demás familiares se comportan y apoyan como buenos hermanos en Cristo, los demás dirán que es bueno vivir así.

La fidelidad se vive en la juventud, en la vida de matrimonio y también en la edad adulta, mucho más si hay que dar testimonio a los hijos casados y a los nietos. La vida de pareja y familia es una vida a vista de todos, es una vocación humana que se debe testimoniar. El testimonio de una vida desde el amor y la Fe es hoy, más que nunca, una necesidad imperiosa. La sociedad necesita de estos testigos concretos y creíbles, desde la cotidianidad y la espiritualidad.

Alternativa de vida. No sólo es el testimonio de una vida humana con dignidad, sino también de una experiencia factible y comprobable, de vivencia de valores cristianos y espirituales. Cuando existe gente de buena voluntad y con la ayuda de Dios todo es posible como lo menciona el texto sagrado (Lc.1, 60).

En esta tarea se han de dar la mano todos, porque el bien que dimana, no solo es para el matrimonio en cuestión, sino para la comunidad y la sociedad entera. Esto lo sabe bien la Iglesia y los verdaderos cristianos también.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

1. CHARPENTIER, E, Para leer el nuevo testamento, Editorial Verbo Divino, 2004.
2. COTHENET, Edovard, Las cartas a los Colosense y a los Efesios, en Cuadernos Bíblicos, Editorial Verbo Divino, Navarra, 1994.
3. DOMÍNGUEZ, Xosé, Antropología de la familia, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2007.
4. GASTALDI, Ítalo, El hombre un misterio, imprenta Don Bosco, Quito, tercera edición, 1990.
5. JELLOUSCHEK, Hans, El amor y sus reglas de juego, Santander, Ediciones Sal Terrae, 2003.
6. MOLINA, B, El mundo del nuevo testamento, Editorial Verbo Divino, Navarra, 1995.
7. OSIEK, Carolyn, Los códigos domésticos del Nuevo Testamento, en Comentario Bíblico internacional, Editorial Verbo Divino.
8. PASTOR, F., Antropología Bíblica, Editorial Verbo Divino, Navarra, 1995.
9. PEREZ, Gabriel, La carta a los Efesios, en Cartas de la cautividad y cartas pastorales, Editorial PPC/EDICABI, Madrid, 1971.
10. SACHRAGE. W, Ética del Nuevo Testamento. Ediciones Sígueme. Salamanca 1987.
11. SÁNCHEZ, J, Una teología de Pablo, el apóstol, Editorial Verbo Divino, Navarra, 2007.
12. SCHOKEL, Alonso, Símbolos matrimoniales en la Biblia, editorial Verbo Divino, segunda edición, Navarra, 1999.
13. SCHLIER, Heinrich, Carta a los Efesios, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1991.
14. TAMEZ, Elsa, Pautas hermenéuticas para comprender Ga. 3,28 y 1 Co. 14,34, en RIBLA, Editorial Verbo Divino, Quito, 2000.

DOCUMENTOS DE LA IGLESIA

1. GUIJARRO, S y SALVADOR, M., “Biblia de América”, Editorial Verbo Divino, Navarra, 1994.
2. JUAN PABLO II, Familiares Consortio, Bogotá, ediciones Paulinas, 2004.
3. JUAN PABLO II, Carta a las familias, Bogotá, ediciones Paulinas, cuarta reimpresión, 2001.
4. LEON, X, DUFOUR. Diccionario del Nuevo Testamento. Ediciones Cristiandad, Huesca, Madrid.
5. VIDAL, M, Diccionario de ética teológica. Editorial Verbo Divino, Navarra, 1991.
6. Diccionario Océano de sinónimos y antónimos, Editorial Océano, Barcelona, 1992.
7. Diccionario enciclopédico Universal Siglo XXI, Madrid, edición, MMVII, 1994.
8. Diccionario enciclopédico de la Biblia, Barcelona, Editorial Herder, 1993.

WEBGRAFIA

1. www.psicología-online.com/formación/cursos/pareja/
2. www.Cop.es/colegiados/M-00451/cv.html
3. www.vatican.va/...vat-ii_const_19651118_dei-verbum_sp.html

